

LA CIENCIA DEL FOLKLORE EN SANTO DOMINGO

Ramón Emilio Jiménez

Condición muy importante de la ciencia en muchas de sus elevadas manifestaciones es la de poder servir al arte. Tiene la ciencia la doble función de servir al arte y a la vida; pero la vida, en su más encumbrada significación, viene a ser arte, porque tiende, tanto en lo material como en lo espiritual, a la belleza, o en otros términos, a manifestarse bellamente, de donde resulta que la ciencia cumple uno de sus más altos destinos prestando su colaboración al arte, proporcionándole los elementos constitutivos de la función anímica capaz de producir obras de hondo sentido estético. A menudo el artista se ha adelantado a la creación de algunas ciencias haciendo primero, sin proponérselo, labor científica precursora de la obra de arte.

Aquí no hay, ciertamente, la llamada ciencia del folklore. Ha faltado búsqueda, observación metódica, estudio de hechos y fenómenos propios de esta nueva ciencia: pero no se han echado de menos importantes anotaciones de datos y hechos de naturaleza folklórica, publicadas en forma amena y provechosa, como sendas abiertas en un bosque por exploradores o aventureros, que sirven de orientación a los que armados de elementos de estudio, materiales o intelectuales, abrirán caminos modernos por esas sendas. La prueba de esto es que tan pronto como un cultivador del folklore vino al país en 1929, enviado por una institución científica americana, a estudiar las características de nuestro pueblo, se aprovechó, para su estudio, de lo que halló recogido, comentado y llevado a la literatura por escritores y poetas nativos, y con esos elementos como guía de penetración en el alma popular, realizó la labor sistemática cuyo resultado fué la obra titulada "Folklore from the Dominican Republic". El autor de esta obra es el filólogo español Manuel J. Andrade, a quien nos cupo el legítimo gozo de prestarle la ayuda por él reconocida y ponderada en su misma obra como reafirmación de lo que se dignó manifes-

(Artículo aparecido en el diario "La Nación", el 13 de septiembre de 1945).

tarnos en carta que hicimos pública en el segundo tomo de "Al amor del Bohío", y de la cual son estos párrafos:

"No quiero irme sin hacerle un elogio y una confesión. Tengo por costumbre mirar con desconfianza los datos que los literatos dan como hechos en sus obras. (Este prejuicio puede ser hijo de la experiencia.) Así es que he sometido todos los datos de su libro, 'Al Amor del Bohío', a una comprobación experimental, y los he hallado exactos. . . su obra es tan exacta como amena."

.....

"Le reitero mi gratitud por la buena orientación que usted me dió para mi trabajo en el Cibao, y por su acertado juicio en todo lo que he consultado con usted."

Ahora que en fecha reciente vino al país, por atenta invitación de nuestra Universidad, el eminente folklorista doctor Ralph S. Boggs, catedrático de la Universidad de Chapel Hill de North Carolina. Estados Unidos de América, para dar un cursillo sobre folklore y dejar así propicio el ambiente a la organización de los estudios de esta ciencia en el país, y que parece haber, al mismo tiempo, determinado empeño en sostener que nada se ha realizado aquí digno de considerarse como apreciable esfuerzo en ese orden de actividad intelectual, importa mucho que se reconozca todo lo bueno y todo lo útil de cuanto sin sujeción a rigurosa disciplina científica se ha hecho con sentido de profundo amor a lo nuestro llevado al arte literario, musical, pictórico y plástico.

Con el folklore se ha hecho aquí algo semejante a lo realizado en el campo de la historia. No existe, propiamente hablando, una historia científica nacional, ya que la historia es, como afirma Pedro Henríquez Ureña, "la más compleja de las disciplinas que estudian al hombre", y sin embargo hay notabilísimos esfuerzos realizados por los que en nuestro medio sentaron reputación de historiadores, a quienes hemos dedicado, no sólo nuestro reconocimiento, sino nuestra devoción.

Como quiera que se considere la obra histórica que han producido, ella es fruto del amor al patrio suelo, del sentimiento de dominicanidad y de cuanto vale título de noble y desinteresado empeño por reflejar y conservar en páginas de imperecedera memoria la sucesión, animada por el lenguaje narrativo y el comentario crítico, de los personajes, sucesos y circunstancias dentro de las cuales actuaron los primeros y se produjeron los segundos, así como también de las consecuencias que unos y otros han tenido en el desenvolvimiento natural del pueblo dominicano.

Aquí hay mucha labor caracterizada como contribución al estudio folklórico dominicano, pero suelta o aislada en su mayor parte, o en

obras artísticas, a manera de piedras de mérito incrustadas en joyas y no como esas mismas piedras libres de todo aderezo. Los que así han trabajado con elementos propios de la sociología vernácula no han tenido la preocupación de hacer obra de ciencia, sino de arte, y no porque no fueran capaces de hacerla en la medida de sus posibilidades, sino porque no se había dado al folklore en el país la importancia que a otros estudios, y porque, además, los que algo han creado en esa materia ha sido sin la dedicación necesaria a tan delicado género de actividad intelectual, desde José Joaquín Pérez, que hizo labor folklórica en la poesía con elementos de la vida prehistórica de nuestra Antilla, hasta los que hoy pueden ufanarse de haber reunido en cuentos, novelas, poemas y estampas de color y ambiente criollos, formas y modalidades típicas de la vida nacional.

Hay, sin embargo, quienes han producido labor folklórica independiente del arte literario y son los que han reunido el mayor número posible de términos, modismos, frases familiares y refranes, desde don Emiliano Tejera, que comenzó a organizar por orden alfabético el vocabulario indígena, trabajo que completó su hijo don Emilio Tejera y Bonetti, y publicó éste más tarde bajo el título de "Palabras Indígenas", hasta el licenciado M. Patín Maceo, con su "Diccionario de Dominicanismos", en el que faltan muchas voces que podrían ser llevadas a una nueva edición de dicha obra si su autor pudiera dedicar tiempo suficiente a tal labor, pero que las reunirán en un volumen los que trabajen en esa tarea compiladora al rigor de la nueva disciplina que ha tomado bajo su patrocinio nuestra Alma Máter.

Una consagración devota y una dedicación permanente requieren los estudios e investigaciones folklóricas, y nadie aquí las ha tenido hasta ahora. Pero el hecho, loable a todas luces, de que vaya a realizarse obra tan necesaria como esa, no ha de ser óbice al reconocimiento de estimables empeños desarrollados sin más interés que el de la cultura. Son intentos propios de quienes los han llevado a cabo fuera de las horas de trabajo empleadas en el diario afán de ganarse la vida.

Precisamente, es el lenguaje popular el elemento folklórico que mayor interés ha llegado a despertar en los que aquí tienen labor más o menos apreciable en esa particularidad de la vida típica dominicana. Tal hubo de advertirlo el autor de "Folklore from the Dominican Republic", que halló un verdadero campo de observación, así en el habla vulgar como en la culta, dignas de un detenido estudio relacionado con problemas filológicos que ocupaban de preferente modo su atención, tales como éstos: "¿Existe alguna relación entre la estructura de una lengua y la orientación fundamental del pensamiento del pueblo que la habla? En caso de que la lengua le haya sido dada por otra raza, ¿qué reflejan las modificaciones que le hace la que actualmente la habla? ¿Se presta la es-

estructura de todos los idiomas para las altas esferas del pensamiento humano, y debemos aceptar que algunos ofrecen trabajos a los que los hablan?"

Así se expresaba más o menos el señor Andrade en las conversaciones que sostuvimos en Santiago de los Caballeros en 1929, en presencia de fenómenos idiomáticos que excitaban su espíritu de investigador, y agregaba: "Todas estas cuestiones ya se han resuelto a base de prejuicios y preferencias. Me interesa saber cuáles son los hechos científicos."

Insistiendo en sus justas preocupaciones, decíamos el ilustre folclorista y maestro santanderino, no madrileño como equivocadamente se ha dicho: "Yo quiero ser un cirujano del idioma humano. No del idioma de este pueblo o del otro, sino de esa función social que llamamos lenguaje y por medio del cual se exteriorizan nuestras ideas y nuestras emociones." Estudió él la filosofía a la antigua, que viene a ser meramente un estudio histórico, y en muchos aspectos de esta ciencia seguía las ideas de su maestro, que lo era el eminente filólogo y lingüista don Ramón Menéndez Pidal. Lástima que no haya vuelto, según promesa que nos hizo, a esta patria que suscitó en su intelecto algunas de sus originales ideas en el campo de la función social del idioma. Desde su partida en 1929 no se han tenido aquí noticias de él, ni se ha recibido su obra: pero baste la referencia que hacemos de su paso interesante por esta tierra para desvirtuar cierta errónea información hecha pública acerca de que no se sabe nada de su persona y de su breve estada en el país.